MADAMA

DE MOTTEVILLE

Descansemos un momento con madama de Motteville, la autora de las juiciosas Memorias, con ese entendimiento sensato y razonable que vió de cerca las cosas de su tiempo y las apreció y describió con tan perfecta mesura y tan deleitable exactitud. Cuando se publicaron por primera vez en 1723 las Memorias de madama de Motteville, los periodistas y críticos del tiempo, si bien elogiaron el tono de sinceridad que reina en ellas, las juzgaron sobrado minuciosas en sus detalles y recargadas de hechos poco importantes. No solamente era esta la opinion del *Diario de Trévoux* ó del *Diario de los Sabios*, sino tambien la del mismo Voltaire. Pero estos hechos poco importantes que pertenecen á un mundo antiguo que ya desapareció y nos lo representan bajo su verdadero aspecto, en el dia nos agradan y aficionan : si á mediana distancia podian parecer superabundantes y superfluos, vistos de más léjos adquieren interes y novedad. Y ademas, si madama de Motteville, ciñéndose á su papel de mujer y sin decir más que lo que ha sabido por sí misma ó por este orígen, no intenta penetrar los secretos del gabinete (algunos de los cuales adivina no

obstante muy bien), cuando ménos nos pinta al natural el espíritu general de las situaciones y el carácter moral de los personajes : este aspecto duradero es el que el tiempo ha escogido en ella y el que la coloca ya en rango tan distinguido y bien afianzado.

Madama de Motteville, nacida hácia 1621 y segun su propio nombre Francisca Bertaut, era sobrina del poeta obispo, ilustre en su tiempo y notable todavía por el sentimiento y elegancia de sus versos, de ese Bertaut á quien elogió Boileau por su mesura y que en concepto de Ronsard era un *poeta demasiado cuerdo*. Quiero ante todo señalar este fondo de cordura que parecia pertenecer á la raza : madama de Motteville tenía una hermana más jóven que ella, á quien llamaban desde su infancia *Socratina*, á causa de su severidad, y que al fin se hizo carmelita. Esta severidad, muy suavizada y adornada en su hermana mayor, sólo merecia el nombre de razon y buen sentido. Así es como hablaban de ella todos los que sólo la conocian de fama : « *Melisa* puede pasar por una de las preciosas más razonables de la isla de Délos », se lee en el *Gran Diccionario de las Preciosas*. La señorita Bertaut habia recibido una educacion muy esmerada y muy literaria. Su padre, Pedro Bertaut, era gentilhombre ordinario del rey. Su madre, que estaba emparentada con una noble casa de España y habia habitado este país en su juventud, fué distinguida por la reina Ana de Austria en los primeros tiempos en que esta princesa se hallaba en Francia. Como poseia el español tan bien como su propia lengua, la empleó al principio en sus correspondencias de familia, tratándola como amiga. Aprovechóse de este favor para *dar*, como entónces se decia, es decir para colocar á su hija en la casa de la reina desde la edad de siete años (1628). Pero el cardenal de Richelieu, que andaba rezeloso con la servidumbre de la jóven reina y queria cortar á esta sus comunicaciones con España, alejó de su lado á esta niña, de lo cual se quejó amargamente Ana de Austria. Á todas sus quejas, le respondieron : « Nos dice madama de Motteville, que mi madre era medio española, que tenía mucho talento, que yo hablaba ya el español y podia parecerme á ella. » Madama Bertaut se llevó pues á

su hija, que entónces tenía diez años, á la Normandía, donde acabó de educarla con esmero. La jóven continuaba disfrutando una pension de 600 francos de la reina, y en 1639 mereció, por su hermosura y buena reputacion, casarse con M. Langlois de Motteville, primer presidente del Tribunal de Cuentas de Normandía y que se casó con ella en terceras nupcias. « Este matrimonio era muy desigual, se lee en el *Diario de los Sabios* (enero de 1724) : el presidente tenía ochenta años y ella nada más que diez y ocho. » Los curiosos, si disponen de tiempo, pueden buscar en el grave Diario el pormenor de las travesurillas que á veces se permitia con este buen señor, su esposo, la inocente y jóven mujer. Su índole tranquila y poco apasionada no parece por otra parte haber sufrido con tal union : « Habiéndome casado el año 1639 con M. de Motteville, dice ella misma, el cual no tenía hijos y sí muchos bienes, encontré en él apacibilidad y abundancia de todas cosas ; y si yo hubiese querido aprovecharme de la amistad que me profesaba y recibir todas las ventajas que podia y deseaba hacerme, me hubiera encontrado rica despues de su muerte. » Pero ella descuidó esas miras interesadas, y como todos los desterrados de la Corte, sólo se ocupaba por entónces en esperar el próximo fin del cardenal de Richelieu, para poder recobrar el favor real. Á la muerte del cardenal y del rey, uno de los primeros cuidados de la reina fué llamar cerca de su persona á los antiguos amigos que habian caido de la gracia por afecto á ella, y madama de Motteville fué contada en este número. Desde entónces estuvo cerca de la reina, no tanto como camarista (cuyo título tenía), sino como una de las personas de su conversacion é intimidad. Juiciosa, secreta, puntual, de genio suave y jovial, de curiosidad á la par que séria entretenida, y de mirada observadora que, sin tratar de ser penetrante ni profunda, se contentaba con ver bien lo que se hacía en su derredor, pasó así veintidos años muy diversos, algunos de ellos agitados por las más violentas tempestades. Fiel y adicta sin picarse de heroica, supo acomodar las timideces de su sexo con las obligaciones y deberes de su estado, y navegar en la Corte por entre tantos escollos visibles

ú ocultos, sin apartarse de su camino y permaneciendo dentro de las reglas y delicadezas de una probidad estricta : mujer en muchos puntos, pero la más cuerda de las mujeres, era persona esencial y amable juntamente. Parece que nunca pensó en volver á casarse, ni habia conocido tiernas debilidades. En la deleitable discusion que sostuvo por cartas con la *Gran Señorita*, sobre las condiciones de una vida perfectamente feliz, le escribia : «Yo no tenía más que veinte años cuando me fué devuelta la libertad; siempre me ha parecido esta preferible á todos los demas bienes que se estiman en el mundo, y por el modo como he usado de ella, me parece que he sido habitante de la aldea de Randan », — un lugar de la Auvernia donde las viudas no volvian á casarse. Este nombre de viuda, que llevó tan temprano, no la asustaba. Se complacia en el seno de la amistad y en la conversacion, y sabía en caso necesario « gustar las dulzuras de los solitarios, que son los libros y los sueños. » Una religion sincera y práctica que no excluía, sino más bien atraía á sí las reflexiones mismas de la filosofía, la sostenia y fortalecia en su virtud y prudencia. De este modo pasó la vida para esta alma igual y moderada, sin gran brillo, sin agitacion interior y en constante madurez.

Lo primero que se pregunta, ya se trate de madama de Motteville, ya de toda otra mujer, es si era bella, y parece que lo era en efecto. « Su retrato que está en Motteville, dice el *Diario de los Sabios*, la representa como una morena muy bonita. » El único retrato grabado que he visto de ella y que cualquiera puede ver en el Gabinete de las Estampas, nos la muestra peinada á la moda de Ana de Austria, no ya en la primera juventud, de cara llena, con papada y el aire tranquilo y apacible. Sin embargo, la parte inferior del rostro es poco agradable y nada hay en el conjunto que llame mucho la atencion. Donde es preciso buscar los rasgos finos y encantadores que la distinguen, es en su entendimiento.

La principal figura en cuyo derredor se desenvuelve la relacion de madama de Motteville es la de la reina Ana de Austria, su ama. La autora no se precia de ser un político ni un historiador : es una mujer

que cuenta lo que se ha hallado en estado de ver por sus propios ojos ó saber por las personas mejor enteradas. Y como era muy sensata y muy segura, las personas más honradas entre los iniciados y los hábiles, aquellos á quienes Retz llama los de Estrées y los Senneterre, se complacian en conversar con ella al pasar. Ella permanece por lo regular en el gabinete, es decir, en la cámara real: hace de él su centro y se extiende con el mayor gusto á hablar de las escenas que allí se han ofrecido á su observacion. Sin embargo, no desatiende, si se presenta ocasion propicia, las narraciones de mayor importancia, tales como el episodio sobre la revolucion de Inglaterra que ha oido referir á la reina misma de Inglaterra, y de que hace relacion separada; tambien se extiende sobre la revolucion de Nápoles que acaeció hácia el mismo tiempo. « Es un *retazo* que quiero dejar caer siguiendo mi camino, dice de alguno de estos episodios ocasionales ; hallará su lugar al lado de otros de igual naturaleza, y como no será tratado con más órden é ilacion, tampoco tendrá mayor precio ni valor. » El buen juicio de madama de Motteville la indujo á no consultar sobre estas cosas lejanas sino buenos testigos, y como los más fidedignos se complacian en franquearse con ella, estas partes accesorias tienen mayor interes del que ella osa atribuirles.

Comienza por un compendio de la vida de la reina, desde su llegada á Francia hasta la muerte de Luis XIII y la Regencia. Pero la parte original de estas Memorias es la que, partiendo de allí, trata de lo que ha pasado al alcance de la vista de la autora. Cuando regresa á la Corte en 1643, madama de Motteville nos describe los diversos personajes que están en escena y los diversos intereses de las camarillas, se muestra á nosotros en medio de estas grandes intrigas como un mero espectador colocado en un rincon del mejor palco y totalmente desinteresado : « De modo que no pensaba sino en divertirme con todo lo que veía, como si estuviera representándose delante de mí una bella comedia, en que no tenía ningun interes. » — « Los gabinetes de los reyes, dice tambien, son teatros donde se representan continuamente piezas que ocupan á todo el mundo ; hay algunas que son mera-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
30716

mente cómicas; pero las hay tambien trágicas y cuyos sucesos mayores son causados siempre por futilidades. » Asistiendo á todas estas cosas con espíritu perspicaz y nada excitado, no aficionándose á ellas por el pronto sino para desenojarse, presto encuentra en sí misma un recurso que le viene de linaje, esto es, escribir; en los momentos que las otras damas dedican al juego ó al paseo, ella se encierra y anota lo que ha visto y oido, para recordarlo un dia.

Los primeros tiempos de la regencia de Ana de Austria se hallan expuestos y desenmarañados por madama de Mottevile de tal manera que nos es dado asistir á ellos en su compañía. Todos los antiguos amigos de la reina han regresado despues de una desgracia más ó ménos larga; cada uno de ellos espera volver á tener el mismo valimiento que en otro tiempo, y no se aperciben por el pronto de que aquella reina á quien habian dejado oprimida por Richelieu, sin hijos y todavía española de corazon, es ahora madre, muy adicta á los intereses del rey, y reina enteramente francesa. Tampoco distinguen que el corazon está ya ganado por el Mazarino y que ha hecho eleccion de él en su afeccion y su pereza para que sea el ministro que la *desocupe* de los negocios y la haga reinar. Así es que madama de Senecé, madama de Chevreuse y madama de Hautefort tienen que aprender de nuevo mucho y adivinar mucho tambien al regresar á la Corte. Varios de estos desterrados de otro tiempo, cuando creen recuperar el favor, van á provocar otra vez á sus expensas su capricho é inconstancia: « Hé ahí pues la Corte bella y grande, pero muy enmarañada, nos dice madama de Motteville, que no puede prescindir de gozar con el espectáculo. Cada cual pensaba en su designio, en su interes y en su camarilla. El cardenal, de genio suave y diestro, iba trabajando entre tanto para ganarse á los unos y los otros. » Pero muchos de ellos, creyéndose seguros del terreno, resisten á las insinuaciones, y madama de Motteville nos muestra en este interior los reveses imprevistos de donde van á resultar nuevas desgracias para los presuntuosos y los que se dan importancia. Á propósito de madama de Hautefort que, con su firmeza desapacible y *su espíritu aferrado en su opinion*, resiste áspe-

ramente á la reina, madama de Motteville nos expone toda la moral de corte propiamente suya, moral templada pero no relajada: « Podemos decir nuestro parecer á nuestros amos y á nuestros amigos, pensaba, pero cuando se determinan á no seguirlo, debemos más bien entrar en sus inclinaciones que seguir las nuestras, si no conocemos en ellas daño esencial y las cosas son indiferentes en sí mismas. » El género de destreza del cardenal Mazarino, su disimulacion, la gracia y sagacidad de su juego, ese talento de gabinete en que sobresalia y « que pone en movimiento tantas grandes máquinas, » nos son descritos con fidelidad y vida por una persona que, sin tener por qué estar satisfecha de él, sabe apreciar con equidad sus cualidades superiores. Varios de los que habian caido en desgracia por causa de Mazarino eran amigos de madama de Motteville; no los abandona en el momento de su caída, sino que los visita, los consuela y hasta intenta, en ciertos casos, defenderlos cerca de la reina. Por esta rectitud de proceder se hace daño á sí misma cerca del ministro, pero la reina tiene en el corazon suficiente elevacion para perdonarla estos testimonios de probidad, y pasada la primera frialdad, para no guardarla rencor.

Si la reina Ana de Austria fuera para nosotros más interesante de lo que nos parece en suma segun la historia, podríamos tomar de madama de Motteville algunas variedades de retratos que ha trazado de ella, llenos de noble belleza y de majestad. La camarista (pues aquí madama de Motteville lo es en efecto un poco) nos muestra con admiracion y afecto á su real señora desde el instante en que se despierta, desde el en que se levanta y la presentan la camisa, hasta su cena y el acto de acostarse:

« Despues de tener puesto su corpiño con un peinador, oía misa » muy devotamente y, terminada esta santa accion, venia á su tocador. » Sentíase entónces placer sin igual en verla peinar y vestir. Era » diestra, y aus bellas manos empleadas en esto hacian admirar » todas sus perfecciones. Tenía la cabellera más bella del mundo: » era larga y abundante y se conservó largo tiempo sin que

» los años tuvieran poder para destruir su belleza. Se vestia con el
» esmero y el aseo permitidos á las personas que quieren estar bien
» sin lujo, sin oro ni plata, sin afeite y sin melindre extraordinario.
» Fácil era ver no obstante, al traves de la modestia de sus vestidos,
» que podia ser sensible á un poco de amor propio. Despues de la
» muerte del difunto rey dejó de ponerse colorete, lo que aumentó la
» blancura y pureza de su tez... »

El luto rigoroso le caía bien á la reina, y perdió con quitárselo, Hallábase en esa edad de cuarenta años « tan espantosa para nuestro sexo, » dice madama de Motteville, pero triunfaba de ella con su representacion de soberana y de madre. Un dia conducia al jóven rey al Parlamento (setiembre de 1645) :

« Se puso pendientes de grandes diamantes, mezclados de perlas
» muy gruesas. Tenía delante de su seno una cruz de la misma clase de
» grandísimo precio. Este adorno, con su velo negro, la hizo parecer
» bella y de buen semblante, y en este estado agradó á toda la Com-
» pañía. Muchos la miraron con admiracion : todos confesaron que en la
» gravedad y dulzura de sus ojos se conocia la grandeza de su naci-
» miento y la belleza de sus costumbres. »

Estos son bellos retratos y están hechos casi sin pensarlo. En las alteraciones que se suscitaron presto, madama de Motteville nos muestra á la reina con cualidades que sería injusto rehusarle en medio de sus faltas : tenía valor y altivez; « la sangre de Cárlos Quinto le daba elevacion » y hervia en sus venas. En estas pinturas algo parciales, pero no falsas, de Ana de Austria, es menester no obstante poner siempre y sobrentender la *vocecita agria* que tenía en su cólera y cuyo acento nos ha descrito bien Retz.

La reina de Inglaterra, tan magníficamente celebrada por Bossuet, nos ha sido pintada más familiarmente por madama de Motteville que la habia conocido mucho; y ella es quien esta vez pone en esta fisonomía, solemnizada en la oracion fúnebre, el grano de realidad :

« Esta princesa estaba muy desfigurada por la grandeza de su enfer-
» medad y de sus desgracias y apénas le quedaban ya señales de su

» belleza pasada. Tenía ojos hermosos, tez admirable y nariz bien
» hecha. Habia en su rostro algo tan placentero que se hacía querer
» de todo el mundo ; pero estaba flaca y era pequeña : tenía tambien
» el talle descompuesto, y su boca, que no era bonita naturalmente,
» con la flacura de su rostro se habia quedado grande. He visto retra-
» tos suyos, hechos en tiempo de su hermosura, que manifestaban
» que habia sido muy amable, y como su belleza no habia durado
» más que el espacio de la mañana y la habia perdido ántes de su
» mediodía, solia sostener *que las mujeres no pueden ya ser*
» *bellas pasados los veintidos años*. Para acabar de representarla
» tal como yo la he visto, debo confesar que tenía muchísimo enten-
» miento, *pero de ese entendimiento brillante que agrada á los espec-*
» *tadores*. Era afable en sociedad, honesta, dulce, llana, y vivia con
» los que tenian el honor de tratarla con toda naturalidad. Su tempe-
» ramento era inclinado á la alegría, y aun entre las lágrimas, si se
» decia alguna cosa jocosa, las reprimia en cierto modo para divertir
» á la Compañía. »

Se habrá notado ese rasgo de observacion y de travesura femenina, concerniente á que no habiendo sido hermosa la reina de Inglaterra sino hasta la edad de veintidos años, asignaba ella involuntariamente este término á la belleza de todas las mujeres. Madama de Motteville tiene muchos de estos rasgos agudos tan propios de su sexo.

Con motivo de la llegada de un embajador de Suecia (setiembre de 1646), madama de Motteville nos da la primera idea que se tenía en Francia de la reina Cristina, y al hacerse eco de estas alabanzas extraordinarias, mezcla en ellas una ligera y suave ironía, como suele hacerlo alguna que otra vez.

« La Fama, añade, es una gran parladora : le gusta á menudo
» traspasar los límites de la verdad; pero esta tiene gran poderío y
» no deja largo tiempo al mundo crédulo abandonado al error. Algun
» tiempo despues supo que las virtudes de esta reina gótica eran
» medianas : apénas tenía entónces respeto á las cristianas, y si

» practicaba las morales, mas era por fantasía que por sentimiento. »

Al hablar así, madama de Motteville, vengaba con suavidad á su sexo algo ultrajado por las maneras bruscas y fantásticas de esta reina que afectaba el género y cualidades de un hombre.

Esa Fama que *es una gran parladora,* me recuerda una de las gracias del estilo de madama de Motteville, estilo sencillo, bastante llano, bastante incorrecto en el arreglo de las frases, retocado quizas en muchos pasajes por el editor, pero excelente y muy suyo en lo que respecta al fondo de la lengua y de la expresion. Tiene algunas de esas metáforas agradables que dan viveza á su tejido. Queriendo decir, por ejemplo, que los reyes nunca ven el mal y el peligro hasta la última extremidad y que todo se les disfraza al traves de mil nubes : « La Verdad, dice, á quien los poetas y pintores nos representan enteramente desnuda, está siempre delante de ellos vestida de mil maneras, y jamas hubo mundana que cambiara de moda tan á menudo como ella cuando va al palacio de los reyes. » Hablando del capelo de cardenal que hacía algunos años habia sido prometido al abate de La Rivière, favorito de Monsieur, y que de pronto fué reclamado por el príncipe de Condé para su hermano el príncipe de Conti, dirá que « la Discordia vino á arrojar la *manzana bermeja* en el gabinete. » Para mostrar cuán hábilmente sabía Mazarino sacar partido del exceso mismo de las acusaciones y los odios, y la maña con que los neutralizaba y hacia redundar en propio beneficio : « El cardenal Mazarino, dice, habia hecho con las injurias *lo que Mitridátes con el veneno*, pues, en vez de matarle, llegó con la costumbre á servirle de alimento. Del mismo modo el ministro parecia con su destreza hacer tan buen uso de las maldiciones públicas, que se servia de ellas para adquirir cerca de la reina el mérito de padecer por ella... » En estos pasajes y en todo el estilo de madama de Motteville se percibe una imaginacion natural y poética, pero no muy sobresaliente ni tal cual correspondia á la sobrina del amable poeta Bertaut. En algunos sitios hasta se podria encontrar cierto lujo de imágenes, de *flores, rosas y espinas*, algun vestigio del mal gusto de Luis XIII, pero sólo por instantes, pues por lo regular se

advierte, lo mismo en su lenguaje que en sus juicios é ideas la regla del buen sentido.

Madama de Motteville es una verdadera contemporánea de Corneille y algo tambien de las novelas de esa época, como lo deja ver un tanto en su lenguaje. Hablando de Cinq-Mars, le llama « ese amable criminal; » contando las desgracias de aquellos á quienes persigue la Fortuna, se enternece al pensar en « tantos ilustres desventurados, » y aun siendo jóven muestra ligeramente algun pesar por los tiempos de antaño. Hablando del viejo mariscal de Bassompierre, de quien solian burlarse los jóvenes, dirá despues de haber alabado su generosidad, su magnificencia y sus maneras galantes : « Los restos del mariscal de Bassompierre valian más que la juventud de algunos de los más corteses de aquel tiempo (1646). » Lo que más la gustaba en las piezas de Corneille era la alta moral que brilla en ellas y los nobles sentimientos que habian purificado el teatro. Cuando se introdujo la comedia italiana bajo los auspicios de Mazarino, no le gustaban mucho estas piezas en música : « Las personas competentes, decia, las estiman mucho; por mi parte encuentro que lo largo del espectáculo disminuye mucho su placer, y que los versos, repetidos con naturalidad, representan más fácilmente la conversacion y conmueven más el ánimo que el canto deleita el oído. » Todo esto denota un entendimiento recto y un corazon más noble que dispuesto á la ternura ó á la pasion. Esa comedia italiana, representada en casa del cardenal, excitó el entusiasmo de algunos cortesanos tales como el mariscal de Grammont ó el duque de Mortemart, que se quedaba como embelesado cada vez que oía nada más que mentar el nombre de los actores; « y todos juntos, por agradar al ministro, hacian tan grandes extremos cuando de ella hablaban, que llegó á ser fastidiosa al fin para las personas moderadas en las palabras. » Madama de Motteville era una de esas personas moderadas, y ella misma nos da ahí el tono de su alma. De forma que cuando digo que era, en lo que respecta al gusto, contemporánea de Corneille, se ve en qué sentido debe entenderse y que corregia lo que era exagerado en él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aunque madama de Motteville se complacia en recordar y citar á menudo estos versos galantes de su tio :

Et constamment aimer une rare beauté,
C'est la plus douce erreur des vanités du monde,

tenía el corazon más formado para la amistad que para el amor; estaba hecha en todo para los sentimientos regulares y justos, así como para una igualdad feliz, y en más de un pasaje ha expresado este deseo. En su bella Normandía cobró aficion á la vida campestre y á la naturaleza, pero no sabía disfrutarlas de tránsito : « El campo, decia, no es bello sino con reposo y soledad, cuando se pueden disfrutar en él los placeres inocentes con que nos brinda la belleza de la naturaleza en los bosques y cerca de los rios. » Decia ademas hablando de los reyes : « Tengo por muy dichoso al que sólo los conoce por el respeto debido á su nombre, y al que puede gozar de la vida apacible y tranquila de un buen ciudadano que, siendo hombre de bien y teniendo medios para vivir, no está emponzoñado por la ambicion. Allí es donde toda alma razonable debe buscar la verdadera felicidad, oscura, es verdad, pero tranquila é inocente. » Esta aspiracion á la vida privada se manifiesta en ella muchas veces y con un acento de sinceridad que no es posible desconocer.

En sus Memorias es aficionada á moralizar y hacer sérias reflexiones, realzándolas con citas agradables, tomadas de los poetas españoles ó italianos, alguna vez de Séneca y más frecuentemente de la Escritura. Estas reflexiones han parecido demasiado multiplicadas y extensas, lo cual puede ser verdad en lo que respecta á la última parte de las Memorias, pero por lo regular sabe intercalarlas á las circunstancias mismas que se las inspiran. En unas páginas bellísimas referentes al carácter, artificios y habilidades del cardenal Mazarino, le representa, durante una temporada que pasa en París (mayo de 1647), encerrándose para trabajar y haciendo esperar en su antecámara á los más grandes del reino, sin que pudieran penetrar hasta donde estaba. El murmullo va subiendo de

tono por todas partes, pero sale el ministro y todo queda en silencio.

« Cuando subió á la carroza para irse, todo el patio del Pa» lacio Real estaba lleno de bandas azules, de grandes señores y » personas de calidad, tan solícitos que parecian muy satisfechos » de haber podido mirarle de léjos. Todos los hombres son natu» ralmente esclavos de la fortuna, y puedo decir que apénas he » visto nadie en la Corte que no fuera más ó ménos adulador. El » interes que nos ciega nos sorprende y traiciona en las ocasiones » que nos conciernen; nos hace obrar con más sentimiento que » inteligencia, y hasta se avergüenza uno con frecuencia de sus » debilidades; pero esto no se puede percibir sino con la cuerda » reflexion que cada cual se debe á sí mismo y despues que ya ha » pasado la ocasion de hacerlo mejor. »

Ella sabe lo que valen las más de las veces esos grandes alardes de independencia en los que son rechazados por el favor, así como esa ostentosa altivez que se desvanece á la menor insinuacion para trasformarse en bajeza. Madama de Senecé, á quien el cardenal habia tratado con rigor hasta entónces y que tan fiera se mostraba, no bien hubo sido escogida por él para que cuidara de sus sobrinas, cambió completamente en un solo dia :

« Hay quien parece valiente contra el favorito y se vuelve co» barde en cuanto nota en él un poco ménos de dureza, tanto que » por lo regular esa altivez termina en verdadera bajeza, á la » cual suele dar colorido de generosidad, de virtud y de amor al » bien público la misma rabia de haber sido despreciado. »

Mazarino que no ha podido lograr que madama de Motteville sea cerca de la reina la criatura suya como él hubiera deseado, la busca quisquillas, la inquieta alguna vez y la tiene en *alarma;* tal era su máxima cuando no estaba seguro de las personas :

« Como no conocia mis intenciones y me juzgaba tambien á » mí segun la opinion que tenía de la corrupcion universal del » mundo, no podia ménos de recelar que me mezclase en mu-

» chas cosas contrárias á sus intereses. Un dia me dijo que es- » taba persuadido de ello, porque nunca le contaba nada de los » demas, oía hablar á los descontentos y estos tenian confianza » en mí... »

En efecto, más de un descontento se fiaba sin temor alguno en madama de Motteville, sin que hubiese siquiera entre ellos inumidad, y le hablaban « como á una persona *que gozaba el concepto de saber callar.* » Esto era precisamente lo que desagradaba á Mazarino y lo que le hacia quejarse : « Este reproche, añade, denotaba bastante desconfianza natural y lo muy desagradable que era para nosotros el estar obligados á vivir bajo el poder de un hombre á quien gustaba la picardía y tenía en tan poca estima á la probidad que hacia de ella un crímen. » Á estos reproches del cardenal, que no dejaban de divulgarse, procuraba ella oponer el correctivo de alguna buena palabra de la reina que reparase las malas impresiones en presencia de todos : « pues en la Corte, advierte ella, es fácil deslumbrar á los espectadores, y no conviene nunca darles la satisfaccion de saber que no somos tan felices como se imaginan ó tan desgraciados como desean. »

En todas sus observaciones sobre la Corte, sobre este país *delicioso y malo*, « que con frecuencia se odia por razon, pero que siempre gusta naturalmente », creo, al oir á madama de Motteville, que quien habla es Nicole, pero un Nicole mujer, más agradable y ménos rígido.

Sin embargo, á veces tambien ella encuentra expresiones bellísimas por su vigor y su energía moral. En un baile que da el cardenal Mazarino en los dias de carnaval de 1647, nos describe una tras otra las principales beldades y reinas de la fiesta; despues de lo cual hace desfilar las comparsas, que no son las ménos pretenciosas ni ménos bulliciosas : « Las camaristas de la reina, Pons, Guerchy y Saint-Mégrin, trataron de hacer algunas conquistas naturales, por el cuidado que tuvieron de engalanarse por toda clase de medios; ¡ dichosas ellas si, entre tantos amantes, hubiesen podido

atrapar maridos segun su ambicion y el desarreglo de sus deseos! » Ese no es más que un dardo acerado, pero luego, hablando más minuciosamente de la señorita de Pons, de quien está tan enamorado el duque de Guisa que va á conquistar para ella el reino de Nápoles, y que no contenta ni harta con tal presa : « Esta alma *glotona de placeres*, dice, no estaba satisfecha con un amante que la adoraba y con un héroe que, por merecerla, queria hacerse soberano... La ambicion y el amor juntos no eran encantos bastante poderosos para ocupar su corazon : para satisfacerla era menester que ella fuera á pasearse á las alamedas y que recibiera el incienso de todas sus nuevas conquistas. » ¡ Un *alma glotona de placeres!* el sentimiento de la honestidad es quien comunica aquí al estilo de madama de Motteville esa expresion tediosa.

Sus matices habituales son más mesurados; la acritud no se aproxima á esta pluma decente. Si cerca de la reina ella y sus compañeras están privadas por la avaricia del cardenal de muchos resultados efectivos y positivos del favor, no hace más que mencionarlo chanceándose con ligera y festiva ironía. Nada hay en estas Memorias de madama de Motteville que recuerde esas otras Memorias tan distinguidas, pero tan amargas, de madama de Staal de Launay, dama de la duquesa de Maine; consiste en que tambien la situacion era muy diferente. Madama de Motteville vivia en una Corte verdaderamente grande, al lado de una reina que, con un entendimiento medianamente extenso, pero cómodo y agradable, tenía un corazon noble y generoso y que sabía corresponder con su estimacion á los servicos que se la hacian. Si fuera menester encontrar un parentesco histórico á madama de Motteville, lo hallaria más bien en las Memorias del juicioso chambelan Felipe de Commynes, á quien cita á menudo y cuyos frutos de sana y sensata experiencia recuerda á veces.

Sus Memorias adquieren más seriedad y un carácter histórico más elevado á medida que se adelanta en el movimiento de las agitaciones de la Fronda. Madama de Motteville ha juzgado bien estos sucesos, y sin atribuirse otro papel que el que corresponde á

una mujer tímida, tiene reflexiones que seria de desear hubiesen hecho entónces muchos hombres. Las largas conversaciones particulares que habia tenido con la reina de Inglaterra la habian ilustrado acerca de esos peligros que á menudo no suelen parecer al pronto más que una irrision. Señalando con vigorosa exactitud la ilusion de las gentes del Parlamento y su insaciable exigencia que les hacía resistir á todos los primeros ofrecimientos de acomodo y conciliacion, infiere de ello decididamente « que la corrupcion de los hombrs es tal que, para obligarles á vivir segun la razon, no es menester tartarlos razonablemente, y que, para hacerlos justos, es menester tratarlos injustamente. » Presenta á los hombres de bien, por su obstinacion en clamar contra los impuestos y los que abusan de ellos, ayudando y prestando fuerza á los turbulentos, como sucede tan á menudo : « Los hombres de bien, sin considerar que es un mal á veces necesario y que todos los tiempos son en esto casi iguales, esperan llegar por medio del desórden á algun órden mayor; y esa palabra *reforma* les agradaba tanto guiados por un buen principio, como era del gusto de los que anhelaban el mal movidos por el exceso de demencia y ambicion. » Hay momentos en que todo concurre al desórden y á la ruina y en que la sedicion está en la atmósfera. La *estrella*, dice madama de Motteville, *era entónces terrible contra los reyes*.

Refiere las primeras escenas de la Fronda de tal manera que conservan todo su palpitante interes, aun al lado de las relaciones del cardenal de Retz. Este último nos da el espectáculo de la calle; del Palacio Real cuando penetra en él, y del interior del Arzobispado. Madama de Motteville nos muestra lo que pasa dentro de la cámara de la reina, donde ve que al principio ella es casi la única que está asustada formalmente. El primer dia de las Barricadas pasa casi entero en chanzas contra ella : « Como era yo la ménos valiente de la compañía, toda la vergüenza de esta jornada recayó sobre mí. » Para una persona que vive en ese sitio, no deja de comprender muy bien la índole de la rebelion en la ciudad, así como ese desórden tan presto

y tan bien ordenado : « Los vecinos, dice, que habian tomado las armas muy gustosamente para salvar la ciudad del pillaje, apénas mostraban más cordura que el pueblo y pedian la libertad de Broussel con tanto ahinco como los mozos de cordel, pues ademas de que *estaban infectados todos del amor del bien público*, que miraban como suyo particular..., estaban llenos de júbilo al pensar que eran necesarios para alguna cosa. » Esta palabra : *infectados del amor del bien público*, ha sido citada frecuentemente, pero padeceria mucho error quien viera en ella una simpleza de madama de Motteville : sabía perfectamente lo que decia al hablar así y al calificar de enfermedad y peste á ese mentido amor del bien público de que estaba poseida en ese momento esta poblacion sediciosa. Madama de Motteville no es una realista ciega : cree en el derecho de los reyes, pero tambien en la justicia que es su regla y que Dios, segun ella, les inspira con frecuencia y les ha sugerido casi siempre en este reino de Francia. Su ideal de monarca es Cárlos V. El dia en que el Parlamento se apoya no sé en qué ordenanza de Luis XII para pedir « que nadie pueda ser preso sin que sea enviado veinticuatro horas despues ante los jueces naturales », no puede ménos de hacer notar que este artículo de garantía individual, como nosotros diríamos, « agradaba á toda la Francia. » « El amor de la libertad, añade, se halla fuertemente impreso en la naturaleza. Los más cuerdos que hasta entónces habian desaprobado las empresas de esta Corporacion, no podian reprobar interiormente esta proposicion; la censuraban aparentemente porque era imposible alabarla á vista del mundo, pero la querian en realidad y no podian prescindir de aplaudir ese atrevimiento y anhelar tuviera éxito favorable. » Ya se está viendo que madama de Motteville habria sido una realista bastante liberal; pero esta mujer de talento y sensatez que asiste estas terribles escenas y las refiere, no es juguete de las palabras campanudas ni de las apariencias, pues mezcla á ellas reflexiones que honran al historiador y que los mismos políticos no desestimarian : « Cuando los súbditos se rebelan, dice, son impelidos á ello por causas

que ignoran, y, *por lo regular, lo que piden no es lo que hace falta para aplacarlos.* » Nos muestra á esos mismos magistrados que habian sido los primeros promotores de la conmocion popular, asombrándose poco despues al ver que el pueblo se volvia contra ellos y no los respetaba : « Reconocian que eran los causantes de estos desórdenes, y no los hubieran podido remediar aunque hubiesen procurado hacerlo, porque cuando el pueblo se pone á mandar, como que falta el amo, cada cual quiere serlo. » Reflexionemos un poco acerca de nuestra propia situacion y veamos si no es todavía esa nuestra historia.

Pero ahora recuerdo que he escogido el tema de madama de Motteville para distraerme un momento, yo y, si es posible, mis lectores, del penoso espectáculo de nuestras disensiones presentes (1), y no quiero que me lleven de nuevo á él las alusiones que muy fácilmente me suministraria. Madama de Motteville corrió algun peligro en París durante la primera Fronda. No habiendo podido acompañar á la reina fugitiva á Saint-Germain en los primeros dias de 1649, y deseando reunirse con ella despues, fué presa con su hermana en la puerta de Saint-Honoré por un populacho furioso que la obligó á refugiarse al pié del altar mayor en San Roque, adonde acudieron á libertarla algunos amigos suyos avisados con premura. Más tarde se reunió con la reina, pero para separarse aun de ella alguna otra vez, pues esta mujer distinguida no era, como ella misma nos lo dice humildemente, ni una amazona ni una heroína; al contrário, la costaba gran trabajo sobreponerse á los terrores ó aun á las molestias de su sexo. Como quiera, presente ó ausente jamas se desmintió su fidelidad. Cuando se restableció la paz, madama de Motteville prosiguió cerca de la reina los hábitos interrumpidos de esa vida regular, dulce y grave que tan bien le convenia. Su virtud y su delicada probidad, en este país de asechanzas y perfidias, la expusieron no obstante hasta el fin á algunas impertinencias de que supo triunfar con su prudencia y

(1) Escribia esto el mes de diciembre de 1851.

calma, ayudadas por la estimacion de la reina. La religion fué adquiriendo cada vez mayor imperio en esta alma enteramente dispuesta á acogerla y tan ordenada naturalmente. Esa religion ilustrada y sumisa la dictó en sus Memorias algunas páginas tan embelesadoras como sólidas y sensatas sobre las querellas del tiempo y las disputas del jansenismo y el molinismo; y como no eran las mujeres las que ménos prisa mostraban por tomar parte en ellas, dice acordándose de Eva : « Nos cuesta tan caro el haber querido saber la ciencia del bien y del mal, que debemos estar acordes en que nos vale más ignorarlos que saberlos, particularmente á nosotras á quienes se nos acusa de ser causa de todo el mal... Siempre que los hombres hablan sobre los misterios ocultos de Dios, me asombra su atrevimiento y me felicito de no estar obligada á saber más que mi *Pater*, mi *Credo* y los *Mandamientos de la ley de Dios.* » Madama de Mottevile sigue puntualmente la línea de conducta que trazaba Bossuet en tales materias. Es preciso leer toda esta página que la amable autora ha coronado con bellísimos versos italianos, los cuales demostraban que si sabía humillar su espíritu no por eso renunciaba á adornarlo razonablemente y embellecerlo. Esta persona singular, esta mujer honrada, de tanto juicio y talento, murió el mes de diciembre de 1689, hácia la edad de sesenta y ocho años. No es posible apreciarla en todo su valor sino acompañándola en todo el curso de sus Memorias y siguiéndola en su desenvolvimiento y su continuidad : las citas y un análisis no podrian dar sino idea muy imperfecta de esa lectura lenta, ámplia, sosegada y llena de atractivos.